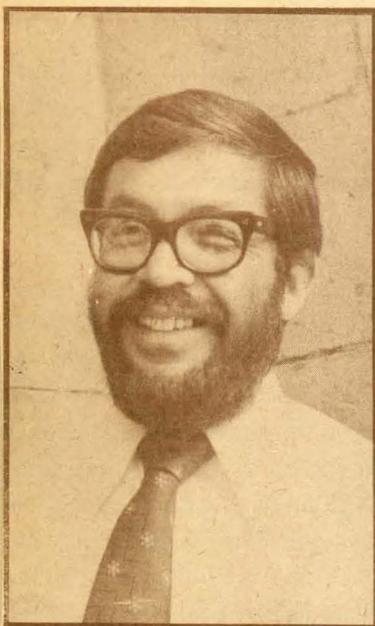


¿Quién mató a ^{1984, -} Manuel Buendía?

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPÀ



Aunque reclamemos justicia, no la tendremos jamás: justicia implica restitución, y Manuel Buendía no volverá a estar entre nosotros, nunca más. En eso radica la contundencia del golpe, su eficacia principal. Los mexicanos no volveremos a leer su prosa inteligente, alegre a menudo, sentenciosa a veces, siempre con información que de ahora en adelante permanecerá velada, favoreciéndose así los intereses turbios contra los que combatió el periodista asesinado. Ese golpe ni Dios lo quita.

Pero hay otros que acaso podamos evitar. Se requiere, primero, entender el significado de la muerte de Buendía. Quien quiera que haya sido su asesino, es claro que escogió el momento, y por ello cobra significado especial el homicidio. México vive algunas de las horas más difíciles de su historia. La crisis económica se muestra renuente al mane-

nejo gubernamental, y aun amenaza permear y romper las defensas de la economía popular, la verdadera, la que impide que la gente se muera de hambre como objetivamente debiera estar ocurriendo vista la infeliz coincidencia de la carestía y el desempleo. Pero mientras no pasábamos a la crisis social y a la política, la económica parecía un problema transitorio, agudísimo es cierto, pero susceptible de corrección y desaparición, o atenuamiento al menos.

Mayo, sin embargo, trajo episodios terribles. Es por eso claro, hoy, que se trata de desestabilizar al país, con motivos muy obvios como nuestra política exterior y también porque las fuerzas antipopulares, el conservadurismo rampante dentro y fuera del gobierno, que ostenta caras electorales o que las oculta, está creando las condiciones para su asalto al poder, y parece considerar que el momento se acerca. Y echa mano de todos los recursos. Como el homicidio, dirigido contra un blanco perfecto. Eliminando a Buendía no sólo se quita de en medio a un periodista eminente, el de mayor influencia individual en nuestro país. También se atenta contra los valores defendidos tenazmente por don Manuel, el patriotismo especialmente. Y, sobre todo, se arroja un nuevo germen de desconfianza sobre el gobierno, para poner frente a él a sectores capaces de expresarse y de exigir esclarecimiento de los hechos, así como de formular sospechas y reproches si tal aclaración no se produce con la prontitud debida.

Quienes están, estamos, indignados, dolidos, apesadumbrados, rabiosos por la muerte de Buendía nos hallamos, en tales condiciones, en la necesidad de conciliar la justa demanda de castigo para el asesino material y para quien armó su mano, con la mesura que impida una ruptura de la confianza institucional, pues ello serviría precisamente a la provocación, eso significaría hacer cumplir uno de los designios de quien consiguió la supresión física de Buendía.

Este, mientras tanto, no está ya físicamente entre nosotros. Sabemos, quienes tuvimos la fortuna de estar cerca de él, que nos alentaría a luchar porque sus ideales políticos y periodísticos no decayeran. Eso buscaremos hacer. Para ello será útil mantener el recuerdo de su viril, de su inteligente actuación como trabajador del periodismo. Y a manera de recuerdo y homenaje, y para no incurrir en el oportunismo de hablar bien de los muertos, me permitiré reproducir el discurso que acerca de don Manuel pronuncié en un desayuno habido el 17 de julio de 1980, en solidaridad con aquel gran periodista cuando fue amenazado de muerte por el entonces gobernador de Guerrero Rubén Figueroa:

“Siendo de poca monta el pretexto, casi podríamos pasarlo por alto. Nos hemos despertado más temprano que de costumbre hoy para venir a saludar a don Manuel Buendía, a nuestro amigo pero sobre todo al periodista. Pocos entre nuestro gremio han recorrido en una larga teintena de años, la rica variedad de especialidades y vicisitudes que contribuyó a consolidar su figura profesional: reportero de revista, reportero de guardia, reportero de policía, reportero político, director de diario, cooperativista expulsado de su coope-

rativa, director de semanario, director de prensa de cuatro importantísimas oficinas federales, columnista político, profesor universitario, todo en esta carrera está cifrado

“Este es, pues, un acto entre amigos, pero es principalmente una reunión de solidaridad profesional. La amistad es un vínculo trascendente pero por su propia naturaleza vincula a muy pocos. La solidaridad, en cambio, ese espíritu de cohesión ejercido por quienes comparten valores, intereses vitales y afanes de un oficio común se extiende más ampliamente, como hoy lo vemos.

“¿Por qué solidaridad con Manuel Buendía? Diríamos, en primer lugar, que por servirle una sopa de su propio chocolate ayer, miércoles 16, para no ir más lejos, él mismo dio una espléndida muestra de solidaridad con nuestras compañeras periodistas, algunas de cuyas más notables representantes están hoy entre nosotros. En su columna, Buendía reseñó una diversa serie de vejámenes que ofenden la dignidad personal y profesional de no pocas reporteras, y naturalmente protestó contra esas agresiones, haciendo notar que esos actos ‘ofenden realmente a todo el gremio periodístico’.

“En segundo lugar, la solidaridad es obligada justamente por la causa aducida por el propio columnista. Por lo menos en tres ocasiones Buendía fue calumniado y difamado. No es la primera que su ofensor injuria a periodistas, pero en el caso de Buendía el ataque cobró singularidad, y ello es lo que nos ha movido a estar aquí, por la intensa difusión que se dio a los ataques lanzados contra él, por la peculiar virulencia de las agresiones verbales y porque entre las invectivas se colaron claras e inequívocas amenazas contra su integridad física y acaso contra su propia vida.

“Lanzados claramente con propósitos intimidatorios, los denuestos han resultado por completo estériles. No han conseguido, por supuesto, acallar a Buendía mismo y en cuanto al gremio, al que se quiso asustar también en la persona de nuestro amigo, produce esta mañana su respuesta. Buena parte de quienes estamos aquí presentes nos dedicamos profesionalmente al periodismo y hemos sido, todos, agraviados con los vituperios y las amenazas proferidos contra Buendía. Estar juntos hoy aquí es el comienzo de una actitud que debe prolongarse, ahondarse, encontrar cauces de acción y organización.

“Ni plañideros, ni timoratos, ni bravucones, los periodistas que aquí se han reunido, según creo, están lejos de reclamar un fuero que los mantenga a salvo de las intemperancias de los políticos. El nuestro es un oficio lleno de riesgos, y soportar la incontinencia verbal de quien no se respeta en el ejercicio de la función pública es en verdad uno de los menores. Pienso que lo que querrían reclamar los periodistas aquí presentes es una revaloración de su papel en el proceso democrático en que, a pesar de mucho, está empeñada nuestra nación.

“A causa de la división del trabajo, sin que nadie nos haya elegido, constituimos los periodistas un sector privilegiado de la sociedad civil, dotado de capacidad de expresión. Cumpliríamos irresponsablemente, cumplimos irresponsablemente con frecuencia la tarea social que por tal circunstancia se nos impone, si procuramos servirnos sólo a nosotros mismos. Un país como el nuestro, crucificado por la injusticia, por la miseria, por la ignorancia, no merece una prensa y unos periodistas convertidos en cómplices activos de la explotación y la inequidad. Estaremos en condiciones de reclamar respeto a nuestros derechos sólo en la medida en que podamos cumplir los deberes que ese contexto determina.

“El México bronco, el México de la violencia arbitraria que a toda costa defiende sus intereses, es un obstáculo al esfuerzo de modernidad que el país está urgido de acometer. La agresión así sea sólo verbal a un periodista es un ataque a todos los periodistas. Una embestida contra los periodistas es una andanada contra la sociedad civil, contra el empeño modernizador, contra las posibilidades de una vida social regida cada vez menos por la ley de la selva.

“Hay insultos que se convierten en condecoraciones. Hay quienes al injuriar premian. Eso le ha pasado a don Manuel Buendía. La fortificación de su fe profesional, y el refrendo de la amistosa solidaridad de quienes hoy vinieron aquí son, para él, el resultado neto de un episodio del que el gremio deberá sacar también la lección que corresponda. No será fácil extirpar las mezquindades, los individualismos, las desconfianzas, los encontrados intereses que militan contra la unidad de los periodistas. Pero plantearla y trabajar por ella es un imperativo de supervivencia.”